



SÁTIRA GRACIOSA

EN QUE SE DECLARAN LAS CONTINUAS DISPUTAS

QUE OCURREN ENTRE

SUEGRA Y NUERA



Nuera. — Mal haya quien me casó para tanto litigar con una maldita suegra, que jamás estoy en paz; pues que desde el día que yo tomé estado ando con mi suegra que me lleva el diablo; ¡Oh, si yo pudiera esto deshacer, yo me descasara por mi vida, a fe!

Suegra. — Mal haya quien me juntó con esa maldita nuera, desde que entró en mi casa no puedo vivir con ella, porque es un demonio de muy mala raza, que a hora y deshora no se la ve en casa; siempre corretea por el vecindario, y con los mocitos siempre la hallo hablando

1160.525

N. — Mi marido me engañó
cuando me habló de casarse;
¿por qué no me dió a entender
el mal genio de su madre?

Así se le hubieran
las piernas quebrado
antes que en mi casa
él hubiera entrado;
muy bien estaría
sí yo no tuviera
quien siempre detrás
mirándome fuera.

S. — Tú, nuera, tú me engañaste,
y al pobre de tu marido,
diciendo trabajarías,
y no sabes hilar lino,
ni aun recorretes,
ni menos estopa,
porque luego dices
se seca la boca;
así se secara,
pero de manera
que hablar no pudieses
palabra ni media.

N. — No me vaya usted enfadando,
que yo diré a mi marido
que la saque de mi lado
por que no arme ruido;
pues que la vil vieja
aquí se ha metido,
y tengo gran matraca
yo con mi marido;
aquí se ha venido,
la vieja endiablada,
llévela el diablo
y me deje en calma.

S. — Sólo por ir acechando
para vigilar tu vida,
y ver cuáles son tus pasos,
he de estar aquí metida,
que no estés hablando
por esos cantones
de noche y de día
con los majetones;

cuidar de mi hijo,
también de la hacienda,
para que se aumente
y no que se pierda.

N. — ¿Cómo, mala vieja,
si la está desperdiciando
hurtándome lo que puede,
que yo misma estoy mirando?
Me hurta usted las pasas
y también los higos;
ya coge morcillas,
ya pillá cecina,
ya saca perniles;
esto no ha de ser,
y quiero a mi marido
dárselo a entender.

S. — Embustera sin sentido,
¿qué saco yo de tu casa?;
a Dios pongo por testigo
que en esto no he sido falsa.
¿Qué me echas en cara,
zanguanga, mala facha,
si en esto me pones
maldita la tacha?
Dime, zancajosa,
¿me has visto hurtar?
De toda tu casta
he de renegar.

N. — Usted hace guisadillos
diciendo que está colando;
nunca le falta el jarrito,
buenas magras y pan blanco;
usted siempre engulle
como si rezara,
y de aquesta suerte
de engullir no para:
come caramelos
y azúcar rosada;
llévesela el diablo,
maldita fantasma.

S. — Y tú que a mi hijo dices
que estás siempre desganada
y cuando el pobre se va
te comes buena empanada.

¡Oh, qué picardía!
demonio de nuera,
ruega que mi hijo
jamás se te nuera;
que si ahora comes
muchas empanadas,
luego comerás
pan de dos semanas.

N. — Suegra, usted al vecindario
se pasa todos los días
a tomar el chocolate,
y esto lo paga María;
y sale tapando
la chocolatera
con el delantal,
por que no lo vea;
pues sepa la vieja
que todo lo sé,
y así a mi marido
se lo contaré.

S. — Y tú, nuera, el otro día
le vendiste a mi vecino
tres libras de chocolate,
y en esto vino mi hijo,
y a entender le diste
que se lo prestabas,
y de aquesta suerte
andas con marañas;
di, ¿qué te parece
de estas picardías?
¿se han visto en el mundo
tales villanías?

N. — ¡Ay suegra!, tu faltriquera
llena está de chucherías,
como azúcar en terrón
y otras mil golosinas,
y de aquesta suerte,
siempre está engullendo;
así aquesta casa
parece un infierno;
con tal compañía
no tengo de estar,
que en vez de vivir,
aquesto es rabiar.

S. — Tú también con las vecinas
te pasas a hacer visitas,
y con las mozas jugando
así se te pasa el día;
siempre andas danzando
con mucho despejo;
de tu casta, indigna,
perjuro y reniego.
Mal haya la hora
en que te casaste,
porque como a un chino
a mi hijo engañaste.

N. — Y usted cuando se va a misa,
levantándose a las diez,
y luego no vuelve a casa
hasta la hora de comer,
diga, ¿de qué modo
gana la comida?
Estando en la cama
muy empoitronida,
o estar sentada
calentando sillas,
y aun quiere le traigan
allí la comida.

S. — Tú tienes la obligación
de servirme la comida;
soy madre de tu marido,
y calle la relamida,
que si no lo hace
será una bribona,
la muy desollada,
la muy picarona;
y así, la cóchina,
calle enhoramala,
váyase a fregar,
no chiste palabra.

N. — ¿A quién dice zancajosa,
si siempre le cuega el moco,
porque su casta es mucosa
y su aliento da sofoco,
pues siempre va echando
por boca y narices
sólo de tabaco
cincuenta cahices?

Ella es la cochina,
pues los mocos echa;
no es mucho, pues es
su propia cosecha.

S. — Eso tú, picara nuera,
madre de la suciedad,
pues juzgo si se perdiera
se hallara en tu delantal;
pues siempre vas llena
de untos y aceites,
y de nacarillo,
con otros afeites;
de aquí a cuatro días
serás espantajo
de las que no sirven
de escalera abajo.

N. — ¿Qué dice la vieja chocha?
¿sabe con quién está hablando?
soy la mujer de su hijo
y váyase reportando;
guarde, que este plato
en esa cabeza
no se lo eicaje
con mucha presteza;
a fe que si cojo
el palo de la escoba,
se lo romperé
en esa corcova.

S. — ¡Ah, picara refamida!,
¿de este modo has de hablar
a la honrada de tu suegra?
Lo tengo de castigar,
y este almirez
será tu castigo
si es que mal hablas
otra vez conmigo;
vete a los demonios,
vil desvergonzada,

sírvate de enmienda
esta bofetada.

Y empiezan a bofetones;
la suegra veneno echando,
con cuatro o seis toriscones
la cara le ha ensangrentado.
Y a su vez la nuera
le da de cocotones
contra las paredes,
también mojicones;
y así enfurecidas
se tiran las greñas,
y anda una zaranda
que es placer el verlas.

En esto vino el marido;
viendo herida a su mujer
y a su madre ensangrentada,
un palo cogió también;
y empieza con aire
a dar sacudidas,
hasta que el palo
se le hizo astillas;
y de aporreada
la mujer se cae,
y con todo la suegra
aun dale que dále.

Doncellas, no os caséis
con mozo que tenga madre,
porque las suegras y nueras
es muy difícil que cuadren;
que basta una suegra
para daros muerte
si su natural
es de genio fuerte.
Mirad que las coplas
que aquí se han cantado,
al pie de la letra
todo está pasando.

FIN

